

deben perdonarse sin titubear y sin que ello importe obra de caridad. Una tela excelente no desmerece ni poco ni mucho por los puntitos negros que una mosca pueda dejar en ella y un libro de mérito nada pierde por tres ó cuatro equivocaciones tan insignificante como las que quedan apuntadas.

(Continuará).

EDUARDO FERREIRA.

EL AMERICANISMO LITERARIO

I

La aspiración de comunicar al boceto apenas delineado de la literatura americana, un aire peculiar y distinto que fuese como la sanción y el alarde de la Independencia material y complementara la libertad del pensamiento con la libertad de la expresión y la forma, es una de las energías que actuaron con insistentes entusiasmos, á partir del definitivo triunfo de aquella independencia y en medio de las primeras luchas por la organización, en el espíritu de los hombres que presidieron esa época inicial de nuestra cultura.

La misma aspiración de originalidad se ha manifestado al través de las generaciones sucesivas, determinando ensayos y esfuerzos que, en gran parte, la han trocado en una hermosa realidad—Ella vivifica, al presente, en todas las secciones de América, un movimiento de opinión literaria que comparte con las más exóticas sugerencias de la imitación, la actividad productiva; y es lícito afirmar que la idea de esa originalidad del pensamiento americano apenas dejaría lugar á discusión en cuanto á su conveniencia y legitimidad, si ella se mantuviera en una indeterminada penumbra y no adquiriese de la definición que la convierte en lema de guerra de ciertos apasionamientos literarios, un significado preciso.

El más generalizado concepto del americanismo literario se funda, efectivamente, en cierta limitada acepción que le reduce á las inspiraciones derivadas del aspecto del suelo, las formas originales de la vida en los campos donde aún lucha la persistencia del retoño salvaje con la savia nueva de la civilización, y las leyendas del pasado que envuelven las nacientes históricas de cada pueblo.

Atribuir la magnitud de una reivindicación del espíritu de nacionalidad á la preferencia otorgada á esas inspiraciones, tiene mucho de exclusivo y quimérico.—Es indudable que el carácter nacional de una literatura no ha de buscarse sólo en el reflejo de las peculiaridades de la naturaleza exterior, ni en la expresión dramática ó descriptiva de las costumbres, ni en la idealización de las tradiciones con que teje su tela impalpable la leyenda para decorar los altares del culto nacional.—En la expresión de las ideas y los sentimientos que flotan en el ambiente de una época y determinan la orientación de la marcha de una sociedad humana; en el vestigio dejado por una tendencia,

un culto; una afición, una preocupación cualquiera del espíritu colectivo, en las páginas de una obra literaria, y aún en las inspiraciones del género más íntimo é individual, cuando sobre la manifestación de la genialidad del poeta se impone la de la índole afectiva de su pueblo ó su raza, el reflejo del alma de los suyos, puede buscarse no menos que en las formas anteriores la impresión de ese sello característico.—Por otra parte, no es tanto la forzada limitación á ciertos temas y géneros como la presencia de un espíritu autónomo, de una cultura definida, y el poder de asimilación que convierte en propia substancia lo que la mente adquiere, la base que puede reputarse más firme de la verdadera originalidad literaria.

La exageración del espíritu de nacionalidad, entendido de la manera insuficiente á que hemos aludido, puede llevar en América á los extremos del regionalismo infecundo y receloso que sólo da de sí una originalidad obtenida al precio de incomunicaciones é intolerancias: el de la literatura que se adhiere á la tierra como una vegetación y parece describir en tono suyo el límite insalvable que fijaba la huraña personalidad de la ciudad antigua al suelo consagrado por sus dioses.

Una cultura naciente sólo puede vigorizarse á condición de franquear la atmósfera que la circunda á los "cuatro vientos del espíritu". La manifestación de independencia que puede reclamársele es el criterio propio que discierna de lo que conviene adquirir en el modelo lo que hay de falso é inoportuno en la imitación.

Debe reconocerse, sin embargo, en el movimiento que se esfuerza por mantener la inspiración de las tradiciones y los usos nativos en la literatura de los pueblos de América, un fondo de oportunidad que le hace fuerte y prestigioso.—Él no ha de darnos la fórmula de una cultura literaria que abraze todas las exigencias naturales de nuestra civilización, todas las aspiraciones legítimas de nuestra mente, pero puede ser un elemento necesario y fecundo dentro de la unidad de una literatura modelada en un concepto más amplio, y puede significar, en cierto límite, una inspiración regeneradora que fortalezca con el culto de la tradición y el sentimiento de la nacionalidad, la conciencia de pueblos enervados por el cosmopolitismo y negligentes en la devoción de la historia.

La idea de la originalidad literaria americana tiene, de cualquier manera, en la importancia y significación del movimiento á que da impulso, títulos sobrados á la consideración de la crítica. Nuestro objeto, en el estudio que iniciamos, es determinar sumariamente el proceso histórico de esa idea y examinar hasta qué punto puede ella ser el cauce en donde vuelque su actividad el espíritu de las nuevas generaciones.

Una mirada rápida tendida sobre el pasado literario de nuestros pueblos, nos preparará para abordar esos dos temas de estudio.—En ella consideraremos, no solo los precedentes del americanismo según la acepción que hemos precisado, sino toda manifestación que acuse la existencia de un espíritu propio, ya por la tentativa de inspirarse en los atributos de la naturaleza ó de poner en juego los elementos dramáticos de la socia-

bilidad, ya por la expresión de las energías y espontaneidades del sentimiento público.

Vano sería investigar en el espíritu ó la forma de la literatura anterior á la Emancipación, una huella de la originalidad cuyos precedentes históricos buscamos.

No era la escuela de la época la que se oponía en primer término á la manifestación de esa originalidad, sino, ante todo, las condiciones de la vida y la modelación de los caracteres.

El principio de imitación de modelos irremplazables, base de las antiguas tiranías preceptivas, era con relación al pensamiento y la sociabilidad de la colonia, una fuerza que trascendía de su significado y alcance literario para convertirse en la fatal imposición del ambiente y el molde natural de toda actividad, lo mismo se tratara de las formas de la producción y la cultura que de otra cualquiera de las manifestaciones de la vida del espíritu.

La colonia, privada de toda espontaneidad en la elección de las ideas y la confesión de los sentimientos, enteramente extraña al impulso que encauzaba su vida é inconciente de la educación que modelaba su carácter, dócil arcilla dentro de una mano de hierro, no pudo sino imitar el modelo literario que venía sellado por la autoridad de que recibía leyes, hábitos, creencias — El remedo servil estaba en la naturaleza del terreno de que se nutría aquella lánguida vegetación literaria, como lo estaba el gusto prosaico y enervado, que sin dejar de explicarse por las influencias y modelos de la decadencia española, era en gran parte el reflejo de la monotonía tediosa de la vida y del tímido apagamiento de la servidumbre.

Faltaba para que la literatura tuviera cierto valor de significación social y sintética, la efectividad de un espíritu colectivo, y ella era un resultado exclusivamente personal.

De la inspiración que brota de las pasiones de la lucha, de los entusiasmos de la acción, y se exhala, al modo de las fosforescencias de los mares, del oleaje de ideas que se entrecrocán; de la poesía que es como el porta-estandarte de un conjunto humano que marcha á la conquista del ideal, no pudo resonar un acento solo en el seno de sociedades privadas de todos los estímulos que realzan y embellecen la vida de los pueblos,— como al decir de Larra, no se produce eco entre las tumbas.

De la serenidad de la atmósfera moral propicia al florecimiento literario, de la serenidad que no excluye la animación del pensamiento ni el centelleo de las pasiones generosas, y es la armonía establecida de todas las fuerzas y todas las actividades sociales con campo abierto para el esfuerzo desinteresado del torneo, con vastos horizontes para la difusión tranquila de la luz, no había tampoco los halagos ni las inspiraciones dentro del ritmo rutinario con que los días rodaban á un pasado comparable á inmensa acumulación, de aguas muertas, sin que uno de ellos hiciera dibujarse al caer sobre su superficie soporosa el estremecimiento de la vida.

Sin duda, una gran parte de la literatura

de la colonia es la expresión de los hechos reales y actuales de la sociedad en que se producía, pero la trivialidad constante de esos hechos que urden la trama de una existencia estéril y monótona, quita todo valor significativo á las páginas que los reflejan y las reduce á la condición del diario de una travesía sin percances frente á playas desiertas y brumosas.

Y si el carácter de la producción literaria no podía originarse de la presencia de un espíritu autónomo que informara la vida y la sociabilidad colonial, imprimiéndole sello peculiar y distinto, tampoco era posible que él brotara de la dilatación del alma española al través del Océano que dividía el inmenso Imperio, ni que recogiera su inspiración en las tradiciones y los sentimientos de raza simbolizados en la bandera que tendía su sombra desde el Estrecho á las Antillas, haciendo de ellos el hilo que transmitiera á la pluma del escritor y condensara en el canto del poeta, el fluido eléctrico del espíritu de la multitud.

El desvanecimiento progresivo de la conciencia de esa unidad moral en las colonias americanas y la pérdida de todo sentimiento de la gloria y la tradición de la metrópoli, son hechos que inspiraron al gran viajero de quien ha podido exactamente afirmarse que realizó á principios del siglo un segundo descubrimiento de nuestra América, observaciones llenas de interés. "Las memorias nacionales, afirma Humboldt, se pierden insensiblemente en las colonias, y aún aquellas que se conservan no se aplican á un pueblo ni á un lugar determinado. La gloria de Pelayo y del Cid Campeador ha penetrado hasta las montañas y los bosques de América; el pueblo pronuncia algunas veces esos nombres ilustres, pero ellos se presentan á su imaginación como pertenecientes á un mundo puramente ideal ó al vacío de los tiempos fabulosos" (1).

Y en cuanto á las memorias y las leyendas de las razas que representaban la tradición de libertad salvaje de la América junto á la posteridad del conquistador, sólo con las protestas de la Independencia debía venir la reivindicación de tales vestigios del pasado como cosa propia de la tierra, como ablenço de su historia. — "El colono de la raza europea —añade Humboldt— se desdeña de cuanto tiene relación con los pueblos vencidos. Colocado entre las tradiciones de la metrópoli y las de la tierra de su cuna, considera las unas y las otras con la misma indiferencia, y muy raras veces arroja sus miradas sobre lo que fué."

Mundo y desierto el horizonte del pasado, contenida dentro del cauce de un reposo sin gloria la vida del presente, y velada por una fatalidad ajena á toda intervención de esfuerzos propios la perspectiva del porvenir, no era posible para la vida colectiva la expresión literaria, ni para la obra del pensamiento individual la repercusión del espíritu público que la convierte en luz y fuerza de todos.

La contemplación de una naturaleza cuya poesía desbordante no había sido traducida al lenguaje humano jamás, los rasgos propios

que determinaban la vida en el desierto en las costas, habiendo sido posible que hubiera habido originalidad á la hora de la creación, y que estas formas de arte hubieran representado la escuela de los tiempos en la vida.

Con la proximidad de la Revolución, estas audacias é inquietudes del pensamiento parecen estremecer las páginas de la literatura colonial, como el soplo de viento levantado por un batir de alas. — Una de las manifestaciones precursoras de la definitiva transformación de las ideas y sentimientos públicos es, en los últimos tiempos de la colonia, la vibración creciente de los afectos, las aspiraciones y las necesidades sociales en la palabra escrita; el movimiento de publicidad que iniciaron en el Río de la Plata las memorias de Belgrano y los escritos de Vieytes en la propaganda de la libertad económica y que debía tener su más resonante manifestación de elocuencia en el "Memorial de los Hacendados" y su más alta nota de sentimiento en el canto de triunfo en que el futuro Rouget de la Revolución ungía la frente de la poesía inspirada en las altiveces del honor nacional y los arrobamientos de la gloria, sobre las calles donde aún no se había oreado el riego de sangre de la Reconquista. — Y como elementos de este ejercicio de aprendizaje del pensamiento propio en vísperas de la época en que él sería el motor de la marcha de la colonia emancipada, nace el amor al estudio de las tradiciones históricas del Virreinato que no se manifiesta sólo por la investigación y la narración de la crónica desnuda é indiferente, coloreándose en las páginas de Funes, de Araújo, de Rivarola, y en las monografías locales que los primeros periódicos acogen en sus columnas, con ciertos toques de sentimiento patriótico y tradicional, al mismo tiempo que se manifestaban como uno de los temas preferidos de esos mismos periódicos que reflejaron las primeras agitaciones del pensamiento y la adquisición de los primeros elementos de cultura, las descripciones geográficas del suelo que contribuían á hacer conocida la expresión material de la patria que se esbozaba. — Pero aún tuvo una manifestación que más directamente se relaciona con nuestro tema este sentimiento naciente de las cosas propias, y es el diseño de una poesía engalanada con los dones de la naturaleza regional, que Labardén trazó, sobreponiéndose á los influjos de su tiempo y escuela después de haberse esforzado por calzar con el coturno trágico la leyenda de la América primitiva.

Llegamos ya á la época en que pudo manifestarse sin reatos el espíritu de la colonia transfigurada en pueblo autónomo. — La literatura de la Independencia americana, como la actividad de la época á que dió expresión, fué absorbida por un sentimiento y una idea. Reflejando esta inalterable unidad del espíritu de una época heroica, fué aquella literatura eminentemente nacional; pero no pudo serlo si por nacionalidad literaria ha de entenderse la expresión compleja y armónica de la vida de un pueblo, ni si se exige la condición de la forma propia y espontánea.

Sólo era dado al poeta aspirar al aplauso de las multitudes si les devolvía en sus can-

tos el eco de la vida que ellos transmitían en la acción.

Toda manifestación de arte en un imperio hubiese representado acaso una transacción de la ley suprema que obligaba á la lucha, un testimonio de embotellamiento, indiferencia ó olvido, como lo parecían en Esparta las tentativas de alterar con la expresión de la voluptuosidad y el remedo de la gracia ateniese, la severa uniformidad del modo dorio, la melodía sugestiva de la emoción viril y del impulso del combate.

Aún dentro de esta limitación, el espíritu nacional de la poesía de la Independencia sólo resulta exacto si se le busca en la pasión que la generaba, en la conciencia del poeta que le daba vida. — Ni el más ligero viso de nacionalidad puede señalarse en la indeterminación del clasicismo que presta apariencias artificiosas á una poesía que era considerada por su inspiración esencial, toda ingenuidad y toda sentimiento.

Había sin duda elementos de oportunidad y de vida en este propio clasicismo de la forma, que trascendía en realidad á lo más íntimo del espíritu poético y se relacionaba con las inspiraciones vivificadoras de la Revolución, sellada desde su origen por la pasión del genio clásico, que había renacido para propiciar como ideal de gloria y de grandeza moral, la marcha de otra revolución humana á cuyo ejemplo se modeló en gran parte la de 1810. Pero la sinceridad del entusiasmo con que los actores del gran drama de América se transportaban en espíritu á la antigüedad y aspiraban á ser continuadores de sus fastos, si bien levanta el clasicismo de su poesía muy sobre el nivel de un vano amaneramiento retórico, no la mantiene por eso menos alejada de la realidad. — Aquellos mismos poetas que interpretaban el amor y el orgullo de la patria parecían cantar devorados por la nostalgia del Tíber y el Eurotas, y faltos de la percepción ó del aprecio de las originalidades de la realidad que los rodeaba, sacrificaron la fisonomía peculiar y el elemento distintivamente pintoresco de la lucha á la imitación de las formas consagradas de la épica, sin una pincelada que diese la nota original del escenario y la actitud y el gesto expresivos del actor; sin una estrofa olvidada de lo antiguo, que guardara la repercusión del galope de la monotonía al través de la Pampa inmensurable, se colorease en los tintes de la naturaleza propia, y modelara en bronce el brioso talante del gaucho.

La poesía de la revolución argentina, que Juan M.ª Gutiérrez pudo justiciamente enaltecer en el con junto de la primera inspiración americana, como la que más estrechamente vinculada se mantuvo á la épica realidad de los tiempos, la que encierra en sí una expresión más sostenida del sentimiento de la nacionalidad y una apoteosis más constante de su gloria, hubo de compensar esta superioridad que hizo de ella un elemento positivo del drama revolucionario con una fisonomía más austera y monótona, menos diversificada por la intervención de otros elementos y formas de poesía que se agruparon como notas harmónicas en torno de la nota guerrera, descubriendo, por decirlo así, "la carne bajo la coraza", — destacando un relieve personal sobre la uniforme expresión de la ac-

ción cívica, ó esculpido en el chacabado pedregal de la epopeya de la naturaleza, un cuadro de costumbres.

Terminado con el desenlace triunfal de la epopeya y con el fracaso de la obra de organización que debió poner su cúspide, el imperio de la escuela que había presidido á la manifestación de sus anhelos y sus glorias, ella no transmitió á la que debía reemplazarla, una sola tentativa de llegar al alma del pueblo y de empaparse en el jugo del terruño.

Alentaba una hermosa poesía popular, que el poeta clásico consideraba con el desdén del trovador palaciano hacia el romance del juglar villanesco, pero ese desdén la mantenía desvinculada del movimiento literario ostensible y del espíritu del hombre de ciudad. — El clasicismo del siglo XVIII, donde tuvo la escuela de los poetas de la Independencia su modelo, había profundizado hasta hacerlo irreconciliable el divorcio de la inspiración popular y la erudita, obstinándose en el propósito de formar alrededor del poeta noble y elevado una atmósfera diferente á aquella en que respiraba la multitud. — Esta infuñda separación de lo que debió por modo artístico enlazarse en la unidad de una sola y humana poesía, se reproduce en el aspecto de la actividad literaria de la época de Juan Cruz Varela y Lafinur. — Hidalgo daba voz á la inspiración ingenua y agreste sin los prestigios de la forma que la hacen grata á las imaginaciones cultas; los poetas que glorificaban la obra social de Rivadavia, cincelaban la forma culta sin vivificarla por los afectos é imágenes que halagan al sentimiento popular.

No era posible dentro de la escuela de la época la reconciliación que había de ser el significado prestigioso de "La Cautiva" y el secreto de su poderosa originalidad, la obra de nacionalizar el espíritu de la poesía nacida de la cultura urbana y ennoblecer la forma del verso humedecido en el aliento del desierto.

Para que pudiera ser escrita aquella obra de iniciación, para que el acento del poeta adquiriera originalidad expresiva de las cosas propias, era preciso que un vuelco radical de las ideas literarias se verificara, y que salvase los mares el espíritu de una revolución que debía ofrecerse al pensamiento de América con los prestigios de una nueva sanción de su autonomía, en cuanto propagaba á los dominios de la forma el aura bulliciosa de la libertad.

Estaba en las afirmaciones y en los ejemplos del romanticismo la grande idea de la nacionalización de las literaturas.

Reaccionando contra la unidad del modelo insustituible y el precepto inviolable, aquella revolución reemplazaba con la espontaneidad que debía conducir á cada pueblo á la expresión de su carácter propio la imitación que á todos los identificaba en la misma falsedad, y oponía la vinculación del verbo literario con todo lo del suelo, la época y el uso, á la abstracción de un clasicismo que sin subordinarse á ninguna realidad determinada, presentaba el tipo universal por norma de arte y aspiraba, no á la reproducción directa y concreta de las cosas, sino á la expresión de la verdad ideal depurada de todo accidente, es

decir, de todo rasgo local de una personalidad histórica.

La poesía debía de ser constituida por el patrimonio de ciertas selecciones literarias que hacían durar su espíritu en el legado de perennes modelos, y pasaba á ser un don universal, un don humano, cuya originalidad daba en cada una de sus formas históricas la medida de su valor, y cuyo génesis debía buscarse en el modo de pensar y sentir propio de cada raza y cada pueblo, en las inspiraciones de su naturaleza, de sus costumbres, de sus glorias.

A aquel impulso igualitario con que la hegemonía del clasicismo francés había derribado en Europa las aras de los viejos dioses nacionales, en arte y poesía, sucede en todas partes donde reperente el grito de guerra de los innovadores, la altiva reivindicación del propio ablenço literario.

El balbuceo sublime de la inspiración sepultada por el Renacimiento fué evocado del fondo de la tradición; la "multitud" de Shakespeare se incorporó para difundir por el mundo la gloria de su solar nativo; el Romancero limpió de herrumbre su coraza, la Comedia del siglo XVII volvió á su juventud, y en las brumas del Norte los viejos Sagas despertaron para arrasar con el ímpetu de las tempestades boreales la mustia poesía transplantada del parque de Wieland y Voltaire á los invernales de la corte.

Levantábase así las voces de los pueblos que Herder percibía en el rumor de la agitación literaria, y se aspiraba á que las literaturas fuesen la expresión de la personalidad de las naciones como el estilo es la expresión de la personalidad del individuo. — Un millar de colores se alzaban sobre el blanco frontón de la antigüedad.

El romanticismo, ni entendido como reacción literaria que buscaba sus inspiraciones en el espíritu de una edad cuya evocación no hubiera tenido en América un sentido explorable; ni como escuela de idealismo que llegó á desdeñar, no menos que el sistema de imitación que había derribado, las fuentes de la realidad; ni como expresión artística de aquellos estados de conciencia que tendieron sobre la frente de las generaciones románticas su sombra y se tradujeron en sus poetas en clamores de rebelión individual y de conflicto íntimo, hubiera dado una fórmula satisfactoria y oportuna con relación al carácter y la expresión natural de pueblos que vivían su niñez, que no podían participar de las nostalgias y congojas nacidas de la experiencia de las sociedades, y que necesitaban ante todo del "conocimiento de sí mismos" que debía ser como fué la inscripción del templo clásico, el epígrafe y el lema de su literatura; pero era posible que ellos aprovecharan del principio de libertad racional que la revolución literaria traía inscrito en sus gallardas banderas, como punto de arranque en la obra de emancipación del pensamiento propio, y era posible que recogieran del ejemplo de esa enérgica reivindicación de la nacionalidad literaria que el romanticismo suscitó en todas partes, inspiraciones beneficiosas y fecundas.

La variedad de formas, de sentimientos, de modelos, abría por otra parte, un campo de elección mucho más vasto, dentro de la imitación misma, y el impulso que reaccionando

(1) "Viaje á las regiones equinocciales del Nuevo Continente" — Cap. V. Lib. II.

contra la reserva aristocrática del espíritu literario, lo difundía, como por una evangelización de la belleza, entre todos los hombres, no podía menos que facilitar la expresión de la índole propia de nuestras sociedades.

La literatura descendía de la Academia y el Liceo para poner la mano sobre el corazón de la muchedumbre, para empapar su espíritu en el hábito de la vida popular.

El poeta americano contó en su obra de crear una expresión nueva y enérgica para la naturaleza y las costumbres, con otra gran conquista del romanticismo: la democratización del lenguaje literario, el *bill* retórico que concedió los fueros de la ciudadanía á esa "negra muchedumbre de las palabras" que Hugo, en las "Contemplaciones", se jactaba de haber confundido, anonadando la distinción de vocablos plebeyos y vocablos patricios con "el blanco enjambre de las ideas". — Dentro de los límites del lenguaje poético del siglo XVIII, con su veneración de la perífrasis y su desprecio del habla popular, la escuela de lenguaje que hacía del Homero de Mme. Dacier un poeta de la corte y llevaba á Shakspeare al destilatorio de Ducis, no hubiera sido posible el sabor de naturalidad de "La Cautiva" ni la palpitante crudeza del "Celiar".

La narración rompía los moldes estrechos y convencionales de la épica de escuela, y se dilataba por la franca extensión de la poesía legendaria, del cuento popular, de la novela histórica ó de costumbres, formas mucho más adoptadas á la expresión de las peculiaridades de la vida nacional ó local y mucho menos difíciles de modelarse bajo inspiraciones originales y creadoras.

Manifestábase en la lírica el sentimiento de la naturaleza, parte necesariamente principal en toda literatura genuinamente americana, y la descripción animada por la presencia del espíritu, por la poesía de la contemplación, reemplazaba al artificioso procedimiento de la escuela que había inspirado á los didácticos del siglo XVIII pálidos cuadros de una naturaleza inexpresiva.

Merced á todas esas manifestaciones de libertad, á todos esos ejemplos é influencias que directa ó indirectamente invitaban á la franca expresión de las cosas propias y sugerían la ambición de una originalidad que no necesitaba buscarse sino en las mismas, romanticismo y emancipación literaria nacional fueron términos que se identificaron en el propósito del gran innovador que encendió en el pensamiento y la cultura de esta parte de América el fuego de aquella inmortal revolución de los espíritus.

Á las notas primeras del subjetivismo romántico en que se inspiraba la suave poesía de los "Consuelos", señalando una innovación del gusto literario que se adueñó casi sin lucha del espíritu de la juventud salida de los claustros universitarios en momentos en que los principios y formas de literatura venerados por la anterior generación habían perdido el impulso que les comunicara actividad prestigiosa con la dispersión ó el silencio de sus hombres representativos, — sucedió la inspiración generadora de la leyenda nacional que abrió, sobre la soledad inmensa de la Pampa, el pórtico por donde debía pasar el poeta culto á recibir las confiden-

cias de la naturaleza salvaje y de la trova plebeya.

Desde entonces, la fundación de una literatura emancipada de todo influjo extraño, vivificada por el aliento de la tierra, por el sentimiento de la nacionalidad, aparece como una de las aspiraciones constantes y ardorosas de la generación que hizo del poema de Echeverría el lábaro de sus entusiasmos literarios y le amó como una poética representación de la patria ausente que evocaba, en las horas amargas del destierro, imágenes queridas y deleitosas memorias.

Es esta empresa de nacionalización la que comparte con la milicia del pensamiento, obligado á hacer aún de las manifestaciones más esencialmente desinteresadas del espíritu, un medio de combate y propaganda, la actividad mental de la época que sucedió á la de la emancipación.

Juan María Gutiérrez, Mármol, Balcarce, el poeta del "Celiar" continúan y complementan la obra iniciada por Echeverría en la pintura del suelo, la evocación del pasado legendario y la reproducción de las costumbres; la prosa descriptiva se manifiesta llena de color y sentimiento en las páginas de Alberdi y Marcos Sastre; el "Facundo" da la expresión dramática de la vida del desierto, y los "Recuerdos de Provincia" la de la interioridad local y doméstica en los centros urbanos; Vicente Fidel López encierra en la forma narrativa con que el imaginador de "Ivanhoe" y el de "Los Novios" habían logrado por las adivinaciones misteriosas del arte lo que la historia no alcanzara jamás, su intuición poderosa del pasado de América; la poesía popular renace personificada en Ascasubi que esconde en la vieja forma de Hidalgo la flecha de Giusti y Beranger; y el mismo Alberdi que había consagrado sus páginas primeras á la descripción de la naturaleza física, reproduce en animados cuadros de costumbres la fisonomía de la vida de ciudad y lleva á la propaganda de la emancipación del espíritu americano en las diversas actividades del pensamiento, todas las fuerzas de su crítica penetrante y nerviosa.

La consideración de este desenvolvimiento efectivo de la idea que puede en cierto modo calificarse de "afirmación de la nacionalidad literaria" en la obra de la época en que se inició, y el examen de la oportunidad que quepa á la prosecución de tales iniciativas dentro de la labor actual de la literatura de América, serán objeto de la continuación de nuestro estudio.

JOSÉ E. RODÓ.

¿ ?

Sus ojos en mis ojos se clavaron...
 Sus labios en mis labios se entreabieron;
 Se quisieron hablar... y no pudieron,
 Y en frenéticos besos estallaron!
 Ella, loca de amor, ató los lazos
 De sus dulces abrazos;
 Alzó la frente de rubor velada,
 Clavó en el firmamento la mirada,
 Y tembló de placer entre mis brazos!